

1. ARTÍCULOS

Racismo vs. socialismo en Cuba: un conflicto fuera de lugar (apuntes sobre/contra el colonialismo interno)

Roberto Zurbano Torres

Centro de Investigaciones Literarias, Casa de las Américas, Cuba
zurbano@casa.co.cu

Para Maritza López Mcbean y todas las muchachas de la Red
Barrial Afrodescendiente, en La Habana profunda

RESUMEN: El presente artículo examina la articulación histórica e ideológica del racismo en Cuba, problematizando sus persistencias tras la Revolución de 1959. Para abordar este conflicto, se argumenta a partir de los aportes epistemológicos, críticos y propositivos desarrollados desde el campo teórico que describe, evalúa y desmonta el concepto de colonialidad del poder, donde la idea de raza resulta central para el análisis. Mediante una revisión del concepto de colonialismo interno se intenta explicar el modo en que la política oficial del socialismo cubano elabora su propia ceguera ideológica ante el racismo, expresada en un largo silencio sobre el tema y en una negativa a reconocer la presencia del racismo en la isla. Y se presenta la agenda antirracista como un requerimiento ante los nuevos escenarios globales y locales de un proyecto de transformación social aún incompleto.

PALABRAS CLAVE: racismo, colonialismo interno, Cuba socialista, colonialidad del poder.

RACISM V. SOCIALISM IN CUBA: A MISPLACED CONFLICT (NOTES ON/AGAINST
INTERNAL COLONIALISM)

ABSTRACT: The following article examines the historical and ideological articulation of racism in Cuba, reflecting on its persistence after the 1959 revolution. To approach the subject it makes an argument that departs from the epistemological, critical and propositional contributions developed in the theoretical field described, assessed and unpacked by the concept of coloniality of power, in which the idea of race is paramount. Through a revision of the concept of internal colonialism, the paper addresses the way in which the official policy of Cuban Socialism elaborates its own ideological blindness in regards to racism, expressed in a long silence on the subject and its refusal to recognise the presence of racism in the island. Also, it presents the anti-racist agenda as a demand in the face of the new global and local scenarios of a still incomplete project of social transformation.

KEYWORDS: racism, internal colonialism, Socialist Cuba, coloniality of power.

Los procesos de dominación colonial son fenómenos complejos. En el Caribe se caracterizan por su variedad, pero también por las marcas subalternas con que la esclavización, la economía de plantación y la ideología racista, fomentada desde el siglo XVI, modelaron sujetos, islas y naciones. Tales marcas ni siquiera desaparecieron con el proceso de descolonización formal iniciado en los años sesenta del siglo pasado en la región y que significó un punto de partida para el desmontaje gradual de estructuras (económicas, políticas, ideológicas y culturales) coloniales que fundaron una serie de prácticas sociales establecidas en nuestras sociedades periféricas donde la dominación impuso, legalizó e hizo natural la subordinación racial, primero de los esclavizados negros, luego de los semiesclavizados asiáticos y posteriormente de todos los habitantes no europeos y su descendencia.

Los nuevos sujetos formalmente liberados de la estructura colonial no abandonan de inmediato el espacio cultural subalterno que ha configurado, parcialmente, su vida ideológica. La mentalidad no cambia radicalmente, sino abordando gradualmente los principales conflictos y limitaciones de las excolonias; así aquellos sujetos antes oprimidos comienzan a elaborar

acciones y reflexiones críticas y autocríticas sobre el colonialismo, sus estructuras, los retos de la independencia y las alternativas económicas y sociales a elegir. El pensamiento descolonizador en el Caribe, si bien es cierto que surge mucho antes del proceso de descolonización, no es hasta la década del sesenta del siglo pasado que logra sistematizarse e irrumpe con una mirada múltiple sobre nuestras realidades, reivindicando, desde el principio, a los sujetos populares, obreros, negros y mujeres, en ese orden. Es un pensamiento que se expresa en inglés, español y francés, mediante novelas, versos, dramas y ensayos. Buena parte de esta mirada reflexiva proviene del marxismo, que produce textos fundacionales, ya clásicos en el pensamiento caribeño del siglo XX.

Cuba compartió los mismos patrones coloniales y neocoloniales del Caribe hasta 1959. Antes solo se diferenciaba por su dimensión geográfica y por la vieja fascinación que provoca la Isla en el imaginario imperial de los Estados Unidos. Hay un corte radical en la historia caribeña cuando irrumpe una revolución democrática popular que en dos años proclama su carácter socialista. Se generan disímiles textos historiográficos, políticos, literarios y sociológicos que explican el significado de la Revolución cubana, su alternativa radical ante el imperialismo norteamericano y su elección política. Por primera vez el socialismo se realiza fuera de Europa, en una nación del Caribe donde la esclavitud dejó su marca indeleble: el racismo. Una sociedad mezclada donde negros, mestizos y blancos, a partir de ese momento, desde itinerarios diferentes, comenzarían a construir una historia de transformación social.

Mientras las cuestiones raciales fueron sistemáticamente abordadas durante el periodo republicano que va entre 1902 y 1959, tienen muy breve continuidad en los años sesenta y un largo silencio durante las décadas del setenta y el ochenta. No es sino hasta mediados de los noventa del siglo pasado que emerge intermitentemente el debate sobre la cuestión racial en Cuba; se estabiliza su presencia mediante numerosas investigaciones, cursos, congresos, ensayos y libros durante los primeros lustros del siglo XXI, lo cual demuestra la necesidad de abordar el tema no solo para la identidad, sino por el énfasis con que la problemática racial atraviesa las grandes discusiones de la sociedad cubana contemporánea. Decenas de revistas cubanas, en la última década, se han dedicado a revisar la llamada cuestión negra en su diversidad, con énfasis en la religiosidad, las artes y la

presencia de lo que he denominado *neorracismo* cubano¹, caracterizado por nuevas formas de devaluación y exclusión del sujeto negro, sus cuerpos, culturas y espacios que, de modo consciente o inconsciente, se han estado naturalizando y visibilizando en Cuba durante las últimas décadas con sorprendente impunidad.

Este neorracismo es una lacerante realidad social que viene tomando fuerza en medio de otras desigualdades y conflictos de la sociedad cubana del siglo XXI. Los debates que genera dicha situación tienen un excesivo énfasis moral y, ocasionalmente, se justifican desde un abordaje psicológico, pero ellos no explican sus reales causas sociales. Otras reflexiones insisten demasiado en la historia cultural del tema y descontextualizan el análisis de sus coordenadas transnacionales y geopolíticas como un resultado tácito de esa *colonialidad del poder*, aportada por Aníbal Quijano (“Colonialidad del poder”), donde el racismo se explica, en otra dimensión epistemológica, junto a otras opresiones como el capitalismo, el patriarcado y el imperialismo². Tales formas de dominación instauradas en lo que Immanuel Wallerstein (13) ha llamado *moderno sistema-mundo*, se manifiesta

¹ Describo a este neorracismo como “un fenómeno que integra gestos, frases, chistes, críticas y comentarios devaluadores de la condición racial (negra) de personas, grupos, proyectos, obras e instituciones, sean cubanos o no. Esta descripción no estaría completa ni fuera novedad si obviáramos el entorno social y político en que tienen lugar los hechos racistas hoy en Cuba: un país que hizo una Revolución democrático-popular, que ofreció oportunidad y derecho para todos sus ciudadanos, que construyó una sociedad socialista con un ideal emancipatorio acompañado por la justicia, la dignidad nacional y la solidaridad humana. Un país de tradición internacionalista que acompañó las luchas por la independencia de varios países del Tercer Mundo, particularmente en África, donde no se puede hablar del fin del apartheid, en Sudáfrica, sin reconocer a las tropas cubanas en Angola, integradas por un alto por ciento de negros y mestizos. Es, además, el mismo país antimperialista cuyos presupuestos ideológicos se declaran, por esencia, anticapitalistas, antirracistas y humanitarios, pero donde un chiste racista sigue siendo aceptado, compartido y celebrado hasta por algunos sujetos negros” (Zurbano 266-277).

² Agustín Laó-Montes describe operativamente la noción de colonialidad del poder especificando sus tipos de dominación al representarla “como el entrecruzamiento de cuatro regímenes de dominación –racismo, capitalismo, patriarcado e imperialismo– y la intersección de las formas de identidad –raza, clase, género y sexualidad–, cultura y conocimiento, así como de los modos de economía política –explotación y acumulación capitalista– y de las formas de comunidad política y geopolítica –Estados naciones e imperios modernos– asociados con ellas” (286).

a través de distintas épocas, culturas y estructuras políticas. Es decir, que la dominación —el capitalismo, el racismo, el patriarcado y el imperialismo— se manifiesta bajo cualquier sistema político, directa o indirectamente, pues forma parte de estructuras globales del poder que se expresan, sutil o abiertamente, de maneras muy diversas y (a veces) perversas, como suele ocurrir en la Cuba socialista con el tema racial.

Para abordar las problemáticas raciales en Cuba partimos de su historia esclavista —momento clave del moderno sistema mundo— donde surge la ideología racial que atravesó la llamada república mediatizada, nacida en 1902 hasta la llegada de la Revolución (1959). El racismo era en Cuba un hecho natural que cruzaba clases sociales, sustentaba la hegemonía blanca dominante y resultaba eficiente mecanismo de sus prácticas de dominación y exclusión. La Revolución de Enero destruyó, en gran medida, la estructura económica y social que causaba esta opresión racial, pero no sus profundas estructuras ideológicas y culturales, razón por la cual desde sus primeros años surgen las críticas de importantes intelectuales negros como Juan René Betancourt, Sixto Gastón Agüero, Walterio Carbonell y Carlos Moore, quienes advierten sobre la herencia racista que recibe la Revolución, la describen, según sus diversos enfoques y exigen a la Revolución emprender acciones mediatas para desterrar esta ideología reaccionaria sembrada en la cultura cubana mucho antes de que naciera la propia nación.

Después de que Cuba abandona su estatus neocolonial estadounidense, asume tempranamente la condición de país socialista y a partir de aquel momento, abril de 1960, sus pensadores más destacados (políticos, ideólogos, académicos y otros) abrazaron al marxismo como su principal fuente teórica, en una controversial aplicación de lo que algún estudioso ha llamado *marxismo cubano*; para el cual el papel de la clase social engloba y supera al de raza, cuestión por la cual las problemáticas raciales cubanas, aunque agudamente identificadas por el propio Fidel Castro en dos intervenciones públicas durante el año 1959, no serán asumidas posteriormente como tareas prioritarias para el nuevo gobierno. Huelga decir, entonces, que las grandes medidas universalistas de la Revolución resultaron suficientes para la mayoría de la población negra y mestiza, antes marginada por la pobreza, el analfabetismo, la insalubridad y el racismo secular que, con tales medidas, se reducen a su mínima expresión e insertan a dicha población en la transformación radical gestada después

de 1959. El rechazo a cualquier tipo de discriminación se incorpora como parte del ejercicio revolucionario cotidiano. Era impensable, pues, que la discriminación racial, definida y combatida como un rezago burgués, pudiera regresar con la fuerza e impunidad con que se reinstala en la isla durante los años noventa del siglo XX.

Uno de los principales autores de la colonialidad, Aníbal Quijano, no duda en calificar la raza como “el más eficaz instrumento de dominación social inventado en los últimos 500 años” (“¡Qué tal raza!” 183-194). Tras esta afirmación se halla una lúcida explicación del significado cultural y político del racismo y sus secuelas. Lamentamos que en el campo intelectual cubano los abordajes a la colonialidad no constituyan referencias teóricas o epistemológicas comunes para nuestros estudiosos, frecuentemente dispuestos a asumir las modas académicas provenientes de los centros de poder. Pero esto no es casual, se trata justamente de una consecuencia de la fuerte matriz eurocéntrica que configuran los sistemas curriculares de la educación en Cuba, donde resulta excepcional encontrar la riqueza de nuestra diversidad, en particular la relativa a los afrodescendientes, su historia y contribuciones sociales. Son los grandes ausentes en la educación y los medios de difusión, y cuando los abordan, generalmente los condenan a la distorsión y a los esquemas más reductores.

Para abordar este conflicto, en particular la fuerza que han tomado los prejuicios, la discriminación racial y el retorno del racismo, trato de fundamentar mis argumentos en los aportes epistemológicos, críticos y propositivos de estudiosos, fundamentalmente latinoamericanos, fundadores de un campo teórico que describe, evalúa y desmonta el concepto que definen como colonialidad del poder³, donde la idea de raza resulta central para el análisis. Partiendo de este concepto se han elaborado reajustes críticos, derivaciones y nuevas propuestas que configuran los estudios decoloniales o lo que los mismos autores denominan el *giro decolonial*, el cual ofrece valiosos enfoques que trato de entender y aplicar, crítica y entusiastamente, al caso cubano.

³ “La idea de raza es una construcción mental que expresa la experiencia básica de la dominación colonial y que desde entonces permea las dimensiones más importantes del poder mundial, incluyendo su racionalidad específica, el eurocentrismo. Dicho eje tiene, pues, origen y carácter colonial, pero ha probado ser más duradero y estable que el colonialismo en cuya matriz fue establecido” (Quijano, “Colonialidad del poder” 201).

Para un país socialista pensar en las trampas coloniales y aun en la misma colonialidad es ubicarse demasiado lejos para revisar nuestra actual vida ideológica. Quizás la singularidad de ser el único país socialista del hemisferio nos haya hecho pensar que escapamos de la sólida estructura geopolítica de la colonialidad, gracias a nuestra osada e inevitable conversión al socialismo. Esta no deja de ser una razón de suma importancia que nos diferencia ante los demás países del Caribe y Latinoamérica; sin embargo, no debemos olvidar que nuestro socialismo ha sido periférico, subdesarrollado y económicamente dependiente, sin olvidar todas las limitaciones internas con que hemos sobrepasado medio siglo de socialismo en el Caribe. Entre esas limitaciones o incapacidades estratégicas debemos significar al colonialismo interno como una de las fuentes de serios y diversos conflictos económicos e ideológicos en nuestro país durante el periodo socialista.

Sobre este último quiero concentrar las siguientes páginas para explicar el modo en que la política oficial del socialismo cubano se ha comportado frente al racismo insular, primero elaborando su propia ceguera ideológica ante la supervivencia y renovación del racismo, después provocando un largo silencio sobre el tema y, finalmente, no asumiendo, explícita o implícitamente, alguna política racial o estrategias, directas o indirectas, con qué enfrentar la presencia del racismo en la isla. La ausencia de un debate público que involucre diversas instancias (sociales, científicas, políticas) que expliquen, asuman críticamente y propongan soluciones al racismo —que nunca desapareció del todo, oculto entre los pliegues de un silencio disciplinario—, fortaleció y propició la mutación de viejas ideas racistas que hoy encuentran el momento adecuado para reinsertarse cómodamente en la sociedad, engendrando un nuevo racismo en una nueva sociedad. Es decir, el neorracismo es alarma y expresión del nuevo contexto en que el socialismo cubano se reajusta y, también, uno de sus grandes desafíos.

Si pretendo adecuar el término *colonialismo interno* para explicar el caso cubano, debo hacer una confesión al lector, que no pasará inadvertida entre aquellos que frecuentan los estudios sobre el tema. Se trata del lugar de enunciación y emplazamientos teóricos desde donde parte una extensa bibliografía sobre los temas raciales: la academia estadounidense y la profusión de estudios que han generado en casi medio siglo, como resultado de los *Black, Race o Afroamerican Studies* y sus antecedentes históricos ubicados en el panafricanismo o el nacionalismo negro

estadounidense, así como los textos de importantes líderes de diversas corrientes antirracistas de los siglos XIX y XX en los Estados Unidos. Aunque en dichos textos se acumula un enorme saber sobre las luchas raciales y un alto nivel de teorización, en el presente texto prefiero utilizar teorías y términos generados en Latinoamérica y el Caribe por estudiosos igualmente importantes que han elaborado valiosas tesis con que podemos abordar los conflictos raciales en nuestra región desde otros enfoques. Es el doble objetivo de estas páginas al asumir el pensamiento decolonial junto al concepto colonialismo interno, particularmente la definición aportada por Pablo González Casanova desde 1963 y actualizado en el 2006, donde explica:

En una definición concreta de la categoría de colonialismo interno, tan significativa para las nuevas luchas de los pueblos, se requiere precisar: primero, que el colonialismo interno se da en el terreno económico, político, social y cultural; segundo, cómo evoluciona a lo largo de la historia del Estado-nación y el capitalismo; tercero, cómo se relaciona con las alternativas emergentes, sistémicas y antisistémicas, en particular las que conciernen a “la resistencia” y “la construcción de autonomías” dentro del Estado-nación, así como a la creación de vínculos (o a la ausencia de estos) con los movimientos y fuerzas nacionales e internacionales de la democracia, la liberación y el socialismo (409).

En esta redefinición del término elaborada por el intelectual marxista mexicano me adscribo a la tercera precisión, donde hay un tácito reconocimiento al socialismo como contexto posible desde el cual combatir al colonialismo interno, para aprovecharla desde su contradicción. O sea, me interesa aquí desidealizar las prácticas hegemónicas del socialismo como sistema político e introducir la posibilidad de que, desde adentro y a pesar de sus esfuerzos emancipatorios, el socialismo también genera su propio colonialismo interno, propicia un espacio colonial al interior de sus estructuras, desde el cual se oprime o excluye (conscientemente o no) a grupos específicos. Este fenómeno expresa, en primer lugar, la necesidad de descolonizar el socialismo, sus estructuras y prácticas socioculturales; y en segundo lugar, la necesidad de asumir y cuestionar cómo en la vida ideológica de nuestro socialismo periférico se producen un sujeto y una mentalidad colonial socialista, que se manifiestan cotidianamente en

diversas instituciones cubanas donde se tomaban y toman importantes decisiones⁴.

En el presente texto me refiero particularmente –pues pueden existir otros– al colonialismo interno generado y practicado dentro del mismo país en contra de las demandas históricas y actuales, legales y humanas de un grupo en particular: los negros cubanos. Aunque este es un grupo social tan heterogéneo como los demás, atravesado por vectores de clase, género, sexualidad, ubicación rural o urbana, etc., los describo aquí como personas que han sufrido o sufren, soportan, reconocen o callan cualquier tipo de discriminación racial (privada o pública, directa o simbólica, laboral, mediática, policiaca, religiosa, cultural o de otro tipo) que, sea denunciada o no –generalmente no se denuncian–, denigra, humilla y ofende la dignidad y derechos de la persona y del grupo racial al cual pertenece.

Si tomamos en cuenta que el racismo es un distingo cultural estructurado por la sociedad cubana desde sus orígenes, que en los últimos cincuenta años no suele expresarse de manera frontal, sino solapada e indirectamente, comprenderemos por qué se nos hace difícil identificar, desarticular o denunciar una agresión racista en Cuba. Tal dificultad no reduce el efecto de la agresión; por el contrario, la oculta al reprimir toda posibilidad de denuncia, pues el negro cubano discriminado evade con frecuencia su posibilidad de ser un sujeto crítico, que se resiste ante dicha opresión y halla formas distintas de combatirla. La sofisticación de la agresión racista suele desarmar o impedir la respuesta del discriminado. Esta reacción, típica de las relaciones interraciales en Cuba, se ha instalado en los espacios e instituciones públicas mediante el silencio o la indiferencia ideológica con que se disimulan y aceptan tales incidentes, que suelen ser habituales y no tan excepcionales.

Así, apreciamos y compartimos con naturalidad el considerable catálogo de frases, gestos y acciones racistas que se escuchan y observan en la calle, los centros de trabajo y estudio, en medios de difusión e instituciones educativas y culturales. En tales espacios el racismo crece en

⁴ Es bueno aclarar que cuando se habla de las relaciones económico-mercantiles que mantuvo Cuba durante años con la Unión Soviética u otros países socialistas desarrollados, las condiciones de intercambio eran, entonces, favorables para Cuba, de manera que no insistiré en el aspecto económico, pues en este aspecto no se produjeron las asimetrías propias del intercambio colonial y neocolonial.

un vacío ideológico y es un cuerpo silente al cual es bien difícil hacer hablar. Resulta curioso que este silencio no venga de la etapa prerrevolucionaria, en la cual se desarrollaron varias instituciones, publicaciones y tribunas públicas donde ciudadanos, organizaciones, líderes e intelectuales negros, mestizos y blancos debatían alrededor del racismo. No hubo, entonces, un solo intelectual cubano de respeto que silenciara su opinión ante las problemáticas raciales de la nación. Es lamentable que en el último medio siglo este ejercicio solo suceda por excepción –riesgo y compromiso mediante–.

No es muy complicado para un cubano del último medio siglo en la isla reconocer que durante los años de Revolución existió en Cuba el colonialismo interno a la soviética, pues el sujeto popular tomó cuenta de él y lo fustigó en un largo catálogo de chistes y críticas que llegan a nuestros días. Dicho colonialismo interno comenzó luego de la adscripción de Cuba al mundo socialista. No lo identifico con esa idea maniquea de Cuba como satélite militar de la antigua Unión Soviética, sino con una idea mucho más compleja que explica la sinuosa manera en que una parte del pensamiento académico e ideológico del país se puso al servicio de los presupuestos normativos de un bloque político-económico que apoyaba y compartía el proyecto anticapitalista de la revolución. De ahí nace el tipo de colonialismo interno que me interesa destacar en el análisis nacional e internacional del rechazo, el silencio y la incompreensión que en la agenda política cubana de la Revolución han recibido las problemáticas raciales, particularmente el racismo. El contexto sociohistórico en el cual Cuba se inserta al mundo socialista y su articulación con el racismo se explica mejor mediante tres dimensiones/contradicciones ideológicas indirectamente relacionadas.

Primera dimensión: el marxismo ortodoxo al estilo soviético impregnó la dinámica de varias instituciones cubanas y aunque tuvo mucha resistencia, logró imponerse, a finales de los años sesenta, como la norma dominante en la vida cotidiana de diversas instituciones académicas, económicas, militares, culturales, etc. En la política educacional surtió un efecto que redujo la enseñanza del marxismo a una caricatura y a un fórceps que alcanzó, incluso, los niveles universitarios y aunque también encontrara fuerte oposición, la norma ortodoxa dominante se expandió e internalizó en la mentalidad político-social cubana de la época y provocó que padeciéramos el colonialismo interno socialista por varias décadas.

Para el marxismo dogmático que se impuso en Cuba a finales de la década del sesenta y hasta la del noventa del pasado siglo, la categoría raza fue desestimada y estigmatizada la demanda antirracista; ambas fueron acusadas de dividir la clase obrera y minar la unidad nacional frente al imperialismo. Clase y lucha de clases fueron conceptos clave de ese marxismo dogmático que vivió a espaldas de los conflictos étnicos en la antigua URSS y en Cuba, consecuentemente, también evadió las problemáticas raciales que tenían lugar más allá del centro de trabajo.

La mirada excluyente de este marxismo eurocéntrico y ortodoxo ya había sido cuestionada en el Caribe y Latinoamérica por figuras tan importantes como José Carlos Mariátegui, C.L.R. James o Aimé Césaire, para solo referirme a tres voces marxistas de tendencias diferentes. En 1924, la IV Internacional Comunista aprobó la Tesis sobre la Cuestión Negra, en cuyo texto puede leerse: “La lucha internacional de la raza negra es una lucha contra el capitalismo y el imperialismo. En base a esta lucha debe organizarse el movimiento negro”⁵. Quizás el primer aporte cubano a la discusión de racismo versus marxismo corresponde a Sandalio Junco⁶, olvidado comunista y líder sindical cubano, quien durante la Conferencia Sindical Latinoamericana (Montevideo, 1929) leyó su extraordinaria ponencia “El problema de la raza negra y el movimiento proletario” que causara un fuerte impacto más allá de aquella tribuna. Este y otros datos de la época indican que los comunistas cubanos asumieron tempranamente en su agenda la discriminación racial y aunque no siempre encontraron las mejores soluciones, se caracterizaron por tener en su membresía una elevada cantidad de personas negras de todas las clases sociales, en particular del proletariado y la clase media negra de la época. Incluso, el

⁵ Ricardo Melgar Bao ubica entre 1919 y 1934 la articulación marxista con las demandas y luchas modernas de los afrodescendientes en el Caribe y Latinoamérica cuando afirma: “En ese tiempo, fue la izquierda la que impulsó nuevos debates sobre la identidad negra, la opresión y el racismo; la que apoyó las reivindicaciones y luchas de los trabajadores negros; la que colocó en la agenda política la controversial tesis de la autodeterminación de la nación negra” (146). (Anoto que este autor llama *nuestros afroamericanos* a los negros del Caribe y Latinoamérica).

⁶ Sandalio Junco, destacado dirigente obrero y marxista cubano quien, según Ana Cairo “compartió el exilio con Julio Antonio Mella en México. Fue enviado a estudiar a Moscú. A su regreso, fundó el Partido Bolchevique Leninista Cubano (septiembre de 1933), filial cubana de las agrupaciones troskistas” (246).

secretario general de la última etapa del Partido Socialista Popular, previa a 1959, fue Blas Roca, un obrero mulato de la región oriental.

Durante la etapa revolucionaria, este marxismo ortodoxo eurocéntrico impide discutir sobre las razones ideológicas y culturales del racismo antinegro cubano y sus causas. Si es cierto que no podríamos pedirle que fomentara las luchas raciales en el socialismo, al menos pudo haber aprovechado mejor las reservas anticapitalistas de la lucha antirracista tal como lo hicieron durante largo tiempo los comunistas cubanos anteriores a 1959.

A través de esta apretada síntesis de la genealogía del conflicto racismo versus marxismo en la Isla, resulta difícil saber, a ciencia cierta, por qué la Revolución no incorporó el legado antirracista del marxismo cubano anterior a 1959, su legado de conciencia racial y de lucha antirracista que transitó desde el cimarronaje, las conspiraciones, los levantamientos de las dotaciones esclavas y su participación en las tres guerras independentistas del siglo XIX y en el siguiente siglo al Partido Independiente de Color, el sindicalismo cubano y la prensa negra cubana que nace a mediados del siglo XIX y desaparece en 1960, junto a las Sociedades de Color. ¿No era suficiente?

Segunda dimensión: en la confrontación ideológica entre Cuba y los Estados Unidos durante los años sesenta hay un elemento que suele olvidarse: es el reciente triunfo del Movimiento por los Derechos Civiles de los negros en ese país. Fidel Castro, inteligentemente, suma el capital político anticapitalista de este movimiento a la Revolución cubana. El momento cumbre de esta alianza es aquel encuentro entre el propio Fidel y Malcolm X en el hotel Teresa de Harlem, donde el líder cubano se hospedó en su visita a Nueva York en el año 1960. Seguidamente muchos afroamericanos estuvieron en la Isla invitados a congresos, tratamientos médicos o vivieron largas temporadas y, en casos excepcionales, aún residen en Cuba. El conflicto entre la visión radical afroamericana del racismo y la moderada visión racial de los cubanos trajo algunas incomprensiones y rupturas que no son el motivo de este texto, pero ilustran el modo en que se han sucedido las alianzas, diálogos y contactos con distintas tendencias del movimiento negro de los Estados Unidos durante la etapa revolucionaria, en el cual no se ha profundizado suficientemente en las diferencias y posibles similitudes del racismo en uno u otro país, más allá de los cuestionamientos políticos.

La otra cara de esa moneda es el discurso racista y contrarrevolucionario asumido por los cubanos que se marchan a Miami en los primeros años de la Revolución –de mayoría blanca y clase media– quienes desde allí atacan al nuevo Gobierno. Tal polarización política explica que el gobierno revolucionario pensara en el racismo solo como un problema de la sociedad capitalista y, simultáneamente, lo confirmara como una ideología de los enemigos de la Revolución⁷. No fue posible entonces reparar en los matices de un racismo contrarrevolucionario y un racismo revolucionario, reducido al espacio privado, familiar o grupal, pero actuante en el envés de la vida ideológica cubana.

Tercera dimensión: el tratamiento dado en la antigua Unión Soviética a los conflictos étnicos y raciales en su vasto territorio podría catalogarse también como colonialismo interno o imperialismo cultural, pues desde la república federativa de Rusia eran impuestas las normativas lingüísticas, ideológicas y culturales –no solo administrativas– a las otras catorce repúblicas, las cuales estaban obligadas a adoptar el etnos ruso como modelo superior. Aquellos debates interétnicos llegaban muy apagados

⁷ Carlos Moore ha sido considerado enemigo de la revolución y agente de la CIA, tras publicar su texto “Le Peuple Noir a-t-il sa Place dans La Révolution Cubaine?” en la revista *Présence Africaine*. Fue un texto desafiante que emplazaba al gobierno cubano, tildándolo de racista; se tradujo a varias lenguas y tuvo amplia circulación internacional, provocando un debate en el cual aprobaron o desaprobaron el texto importantes figuras negras como León G. Damas, C.L.R. James, John Henrik Clarke y René Depestre, quienes estuvieron en contra del artículo, frente a otros intelectuales negros que apoyaron a Moore como Stokely Carmichael, Aimé Césaire, Cheikh Anta Diop, Malcolm X, Jacques Rabemananjara, Abdias do Nascimento, Maya Angelou, Alex Haley, Rex Nettleford y otros. La respuesta cubana fue escrita por el haitiano René Depestre, poeta comunista quien, a la sazón, vivía en Cuba en aquel momento y apareció en la propia revista *Présence Africaine* y saldría en La Habana bajo el título “Carta de Cuba sobre el imperialismo de la mala fe” en la revista *Casa de las Américas*. Es la única referencia publicada en Cuba sobre el incidente y sobre este autor, quien ha desarrollado una copiosa obra sobre las problemáticas raciales en el mundo en general y sobre Cuba en particular que requiere un análisis mesurado de sus errores, aciertos y obsesiones, pues desde aquel artículo de 1964 hasta hoy –cincuenta años!– constituye una referencia obligada en el debate internacional sobre el racismo en Cuba, a pesar de que en este tiempo ha visitado fugazmente Cuba en solo dos oportunidades. Por su cuantiosa bibliografía, la intensidad de sus ataques a la Revolución y la visibilidad de sus acciones, muy vinculada a poderosos circuitos mediáticos enemigos de la Revolución cubana, esta figura merece un estudio crítico que desborda la intención de estas páginas.

a Cuba, aunque fueron narrados y reproducidos por los colaboradores soviéticos provenientes de diferentes repúblicas que trabajaron en la isla durante varios años.

¿Qué ocurrió tras insertar nuestro mundo en el bloque socialista? Pérdidas y ganancias aún por evaluar; entre ellas, un proceso de soviétización que marcó intensamente la vida cubana. Durante aquellos años, muchos estudiantes y académicos cubanos viajaron a la Unión Soviética a recibir clases y títulos científicos; era frecuente encontrar los licenciados y doctores que regresaban esgrimiendo ideas extemporáneas y forzando aplicaciones de aquellos dogmas marxistas leninistas a nuestra realidad e historia caribeña. Decenas de ejemplos describen cómo se impusieron tales dogmas, se institucionalizó la soviétización cultural y la ceguera ideológica rechazaba dialogar sobre varias problemáticas sociales tan importantes como las raciales, que se tornaron conflictivas –siendo acusadas de contrarrevolucionarias– para el colonialismo interno socialista que, como todo colonialismo también resultó racista, arrogante y excluyente. Tales ideas no cayeron en noviembre de 1989 con el muro de Berlín, sino que influyen aún en el pensamiento académico y social cubano; cierto es que cada vez más denunciado y autocriticado por sus propios portadores y reducido al inconsciente colectivo de un pensamiento forzado a dialogar con tal dogmatismo durante varias décadas.

Estas tres dimensiones tienen un peso significativo, que es determinante cuando pensamos que la opción socialista del gobierno revolucionario era única. Las otras eran caer, otra vez, en manos del insaciable imperialismo estadounidense, cada vez más agresivo tras el fracaso militar que había sufrido en las costas cubanas durante la invasión por Playa Girón, en Bahía de Cochinos, en 1961. A partir de este momento, el diferendo entre los gobiernos de Cuba y Estados Unidos no ha perdido tensión. Sobre esa tensión se ha diseñado la vida ideológica de la isla durante más de medio siglo, pero esta no ha podido impedir el avance social en diversas esferas del país. El resurgimiento del racismo en la Cuba del siglo XXI debe explicarse por encima y por debajo de esa tensión, pero sobre todo cuando verificamos la ausencia de una política racial, la escasa conciencia pública de los peligros del racismo y la insuficiente inserción de las problemáticas raciales en el diseño de la política oficial cubana.

Esta es una discusión varias veces aplazada que la Revolución cubana no concientiza públicamente y, por consiguiente, aún no genera las

estrategias adecuadas, sino que produce un problema allí donde podrían estarse generando varias soluciones creativas y ejemplares para la región. Este problema tiene lugar frente a un conflicto también descuidado al cual, readecuando las ideas de W. E. B. Du Bois (27), llamo *doble conciencia revolucionaria del negro en Cuba*: consiste en un drama políticamente existencial que afecta a muchos cubanos negros, cuya militancia revolucionaria sufre constantes desgarrones éticos, ideológicos, incluso políticos al identificar o sufrir en carne propia los casi habituales gestos, chistes, humillaciones y otras operaciones excluyentes marcadamente racistas que provienen de instituciones y personas probadamente revolucionarias y hasta comunistas, contra las personas negras, sus cuerpos, culturas, religiones, comunidades, oportunidades, organizaciones y discursos.

Más allá de lecturas y conceptualizaciones, he descubierto a través de entrevistas, conversaciones y vivencias familiares que existe una explicación más sencilla y quizás también más orgánica, tratándose de este sujeto negro revolucionario, partícipe consciente y entusiasta del proceso político cubano. Es su confianza plena en que las fuerzas revolucionarias erradicarán definitivamente toda forma de racismo. Esa confianza generó entrega apasionada, fe ciega y, sobre todo, un profundo agradecimiento a la Revolución; es un agradecimiento personal, pero también colectivo, por su anterior condición de negro y pobre que fue, para muchos, una sola condición. Esta reflexión no es un pasaje irónico, masoquista o dramático del texto, pues lo que acabo de escribir se constata en la vida de tres generaciones de negros cubanos que han vivido la Revolución como un deber y una esperanza; dicho agradecimiento es históricamente consciente. Y explica, además, la paciencia con que se soportan sucesivas acciones racistas dentro de la Revolución. (Al cabo de varias décadas dicho agradecimiento se ha convertido en un muro de contención ante las crecientes demandas antirracistas y está siendo manipulado por los oportunistas del momento).

Evadir tan delicado asunto condena la participación del sujeto negro en el socialismo al consabido rol de subordinación y enajenación que conociera en anteriores sistemas político-económicos. Se trata, esta vez, de que la conciencia racial de ese sujeto negro del socialismo no tenga que ser aplastada por su propia conciencia política, sino que esta incorpore también las demandas de su situación racial. Sucede que la tensión entre ambas identidades está generada por una relación de poder, donde una

hegemonía racial (blanca) ejerce una oculta presión psicosocial sobre un sujeto negro que desracializó su espacio de lucha social cuando, al inicio de la Revolución, se vio en el camino de la igualdad. Sin embargo, esta hegemonía blanca de larga data y aguzadas prácticas sociales nunca fue cuestionada, sino incorporada tal cual al discurso emancipatorio que construyó la igualdad para todos. Solo que ella lo hizo desde la ventaja inconcesada de su privilegio blanco, heredado y renovado sin cuestionamientos. Esa antigua relación de poder es también cultural, es decir, está incorporada a las prácticas cotidianas de los diversos grupos raciales y no desaparecerá sola ni a través de los cambios sociales de un breve tiempo histórico, sino hasta que no la emplacemos suficientemente. Esta asimetría debe ser intencionadamente cuestionada y desmontada en el discurso político, debatida y reducida sistemáticamente en el propio espacio público, si de un proceso emancipatorio se trata. Pero ello no ha ocurrido todavía. Quizás, la oportunidad perdida hace más de cuarenta años podamos aprovecharla con la revisión actual de estos problemas.

En estas páginas asumo una visión del racismo que parte del análisis estructural pensado por Eduardo Bonilla-Silva cuando, desde una interpretación materialista del tema, explica:

Los actores que se encuentran en posiciones superiores —raza dominante— desarrollan una serie de prácticas sociales —o, si se prefiere, una praxis racial— y una ideología para mantener las ventajas que derivan de su clasificación racial. Esto significa que desarrollan una *estructura* para reproducir sus ventajas sistémicas. Por consiguiente, el racismo no se basa en las ideas que unos individuos tienen sobre otros sino en la edificación social que se erige sobre la desigualdad racial (650-651).

Destruir esa edificación social es un proceso que comenzó en Cuba en 1959, pero que se ha realizado parcial, equívoca y lentamente. Carecemos de debate social, herramientas adecuadas y política o estrategia raciales con que destruir aquellas estructuras racistas, que no siempre son políticas y económicas, sino también ideológicas y culturales, como las que siguen reproduciéndose en la educación, los medios de difusión masiva y las leyes, para solo citar tres ejemplos al azar. Ello impide erigir nuestra edificación social sobre bases más orgánicas, comprometidas y prácticas con la igualdad racial que necesitamos. Sin embargo, tales carencias no borran la enorme transformación social que aún significa la Revolución cubana,

sino que la coloca ante un campo de nuevas posibilidades emancipatorias sí, ante los nuevos contextos, definimos mejor las urgencias, desafíos y soluciones contra el racismo en la isla.

Con este propósito quiero definir los principales escenarios desde los cuales los distintos estamentos y grupos sociales y raciales cubanos asumen sus posiciones epistemológicas, políticas e ideológicas ante el racismo. ¿Cuáles han sido las expectativas raciales, sus discursos, sus políticas? ¿Qué ha justificado sus carencias, silencios y represiones? ¿Cómo se expresan dichas preocupaciones, aceptaciones, rechazos o propuestas? Describiré el contexto en el cual estas preguntas son pertinentes y cuyas respuestas superan el binarismo negro/blanco o discriminador/discriminado mediante una visión pragmática de las dinámicas raciales que permita reconocer cómo los actores sociales contribuyen a aceptar, reproducir, disimular o rechazar el racismo.

El primer escenario explica la cuestión racial como una problemática del pasado burgués superada por la Revolución con las medidas universalistas de los años sesenta, que abrieron oportunidades para todos los cubanos. Asume la opresión racial como una forma de explotación en sociedades anteriores. Cree que cuando cambia la sociedad, se pierden las condiciones que propician el racismo y este desaparece. En la nueva sociedad la raza solo serviría para dividir la clase obrera y minar la unidad nacional. Las luchas y las políticas raciales resultan infundadas y son promovidas por los enemigos de la Revolución. Esta línea desmoviliza la lucha contra la discriminación racial, sin reparar en las desventajas históricas con que llegan los negros a la Revolución. En casos más extremos tiende a descalificar y reprimir a los críticos del racismo. Se apoya en un academicismo historicista que aborda los temas raciales del pasado, sin articularlos con procesos sociales contemporáneos. Este emplazamiento afirma la desaparición del racismo en una sociedad socialista y rechaza la posibilidad de un debate sobre el tema, al identificar estas ideas con un ejercicio subversivo o contrarrevolucionario. Dicha tendencia se localiza fundamentalmente en las principales instituciones del Estado cubano (partido, gobierno, educación, leyes, medios de difusión masiva, política exterior, etc.).

El segundo escenario comprende el racismo como ideología de superioridad racial, con instituciones y mecanismos para ejercer la opresión racial en toda la sociedad. Habla de un racismo individual que cada persona

asume según sus prejuicios y cultura, para lo cual propone la educación como uno de los factores que lo eliminaría. Acude a investigaciones para documentar prácticas racistas que pueden institucionalizarse y para combatir el nivel de racialización de las estructuras o instituciones. Lanza denuncias y apelaciones morales para concientizar y propiciar el acceso de los negros a las instituciones. Reconoce la jerarquía y la dominación blancas en esferas importantes del país, y aunque no aborda la construcción de los nuevos privilegios blancos en los nuevos contextos, ha actualizado la mirada sobre las desigualdades, las diferencias y la diversidad en la isla. Acepta las acciones afirmativas, aunque las promueve con reservas. Anima el debate racial desde las instituciones del Estado, pero sin convertirlo en luchas sociales o banderas de organizaciones civiles. Esta tendencia se localiza en algunos espacios académicos como universidades, centros de investigaciones, instituciones culturales y religiosas, publicaciones especializadas y otros circuitos de legitimación del saber. También en puntuales intervenciones públicas de Fidel y Raúl Castro, a quienes no incluyo en el anterior escenario, porque sus criterios son más abiertos y, curiosamente, no se han convertido en políticas raciales⁸.

El tercer escenario identifica el racismo no solo como herencia, sino también como problema que quedó oculto bajo las ganancias universalistas de la Revolución, razón por la cual no se discutieron sus trasfondos ideológicos y culturales. Exige políticas públicas que asuman el tratamiento social diferenciado a comunidades y grupos sociales con desventajas históricas, como es una alta población negra. Propone un debate sobre los modos en que el racismo sobrevive y crece en una sociedad socialista. Cree en las luchas políticas, las acciones afirmativas y destaca la pertinencia de la lucha antirracista entre otras luchas antidiscriminatorias. Estimula el activismo social y político, así como la creación de organizaciones antirracistas en la sociedad civil. Asume el racismo como una forma de dominación global. Elabora una agenda de problemas y propuestas. Construye sujetos de resistencia y liberación que luchen, también, contra

⁸ Véase el debatido discurso de Fidel Castro conocido como “Discurso de la Universidad” o también bajo el título de “Esta revolución no la pueden destruir ellos, pero sí nuestros defectos y nuestras desigualdades”, que pronunciara el 17 de noviembre del 2005 en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, en el aniversario 60 de su entrada a ese centro de altos estudios.

otras formas de discriminación dentro y fuera de la isla. Este escenario es más reciente, pero también más diverso y dinámico, pues agrupa organizaciones de la sociedad civil de corte antidiscriminatorio con identidades políticas diferentes e incluye espacios digitales que funcionan como voceros de personas u organizaciones de la emergente esfera pública negra cubana⁹.

Estos tres escenarios configuran los principales modos de entender los conflictos raciales en Cuba, sin embargo, están desarticulados de la cotidianidad política del país, en tanto apenas se expresan públicamente en la prensa, las escuelas, las organizaciones políticas y de masas u otros circuitos de socialización. Podría decirse que la discriminación racial y el racismo en Cuba se manejan como rumores, malentendidos, manipulaciones del enemigo u otras percepciones erróneas o impropias que inhiben, confunden y evitan la toma de partido de las masas ante este fenómeno. Sin embargo, tales percepciones, durante la última década, están siendo cuestionadas y corregidas por la mirada popular, especialmente en la música popular, el hip hop, la religiosidad afrocubana, el cine, el teatro, las artes plásticas y la literatura cubana más reciente, en particular el ensayo. Desde dichas prácticas culturales y religiosas se están descolonizando los modos de percibir el racismo y comienzan a ser reconocidos los escenarios en que tienen lugar debates y propuestas sobre tales asuntos. Vale destacar la fuerza con que las tecnologías de información (revistas digitales, boletines electrónicos, sitios web y blogs) han construido espacios

⁹ En los últimos quince años han aparecido diversas organizaciones, comisiones y plataformas ciudadanas de carácter antirracistas como La Cofradía de la Negritud, el Proyecto Color Cubano, el Movimiento de Integración Racial Juan Gualberto Gómez, el Comité de Ciudadanos por la Integración Racial, el Observatorio Ciudadano contra la Discriminación, Fundación Afrocubana, el Proyecto Afrocubanas, la Comisión José Antonio Aponte, la Articulación Regional Afrodescendiente, la Alianza Unidad Racial y la Red Barrial Afrodescendiente, entre otras. Algunas de estas organizaciones tienen sus propios sitios web, así como muchos de sus líderes o miembros poseen blogs y boletines electrónicos mediante los cuales hacen una ingente labor de promoción de sus objetivos y acciones antirracistas; ellos son, entre otros, los boletines *Desde La Ceiba*, *Observatorio Crítico* y *Aponte*, junto a los blogs *Afromodernidades*, *Negracubanateniaqueser*, *Afrocubanas*, *El palenque* y *Afrocubaweb*, entre algunas otras que asumen también otras cuestiones identitarias en las que se incluyen asuntos raciales. La mirada sobre estas organizaciones suele ser polémica y sospechosa, pero lo cierto es que ellas expresan un amplio espectro ideológico y, en algunos casos, una fuerte polarización política.

de divulgación, discusión y actualización permanente sobre el tema, constituyéndose en eficaces espacios para dar visibilidad y legitimación al activismo antirracista, sus debates y protagonistas.

En los tres escenarios encontraremos, además, sujetos de cualquier raza, género, clase y profesión; y es posible que algunos se coloquen en más de uno de estos espacios, tornando más rica o contradictoria la mirada, pero también más atravesada por los desacuerdos que genera esta realidad. Si escogemos un escenario o las combinaciones posibles de estos y las ponemos a dialogar sobre cualquier zona de la realidad o el futuro del asunto, estaríamos frente al verdadero debate racial que debe producirse hoy en Cuba. Ello indica que alguno de estos escenarios o tendencias es quien domina el debate con sus intereses (o sus negativas) de multiplicarlo, racializarlo, politizarlo o silenciarlo. Las tensiones que producen la desarticulación o sorda confrontación entre los tres escenarios fragmentan y distorsionan cada vez más una visión crítica y comprometida con el debate racial cubano, su real emergencia, sus diversas problemáticas y soluciones inmediatas. También se ha desaprovechado el potencial político que se halla en cada uno de tales escenarios, impidiendo nuevas miradas, así como posibles líneas de trabajo que puedan ejercer un activismo ceñido a estrategias institucionales antirracistas o plantearse la necesidad de empoderar comunidades o legalizar organizaciones antirracistas que acompañen la política racial del Estado, tal y como ha sucedido con otros ejercicios antidiscriminatorios en el país.

El pensador brasileño Roberto Schwarz en su conocido ensayo “Las ideas fuera de lugar” llama *comedia ideológica* a esta disparidad entre un sistema político que obvia los derechos ciudadanos de un grupo social y por otro lado ostenta las ideas más libertarias encarnadas por la clase político-intelectual de ese mismo sistema. La emergencia del racismo en Cuba viene a señalar como inadecuada la ausencia de una política o estrategia racial e identifica como un contrasentido político la incomprensión de los aparatos ideológicos del Estado ante las demandas de la población negra cubana, que no es únicamente una demanda racial, pues lo es solo para explicarse desde la ausencia de una historia de la marginación racial en Cuba, sus desventajas históricas y sus consecuencias actuales; pero dichas demandas son también de justicia, igualdad y libertad ciudadanas,

lo mismo que ha procurado la Revolución desde su nacimiento en 1959¹⁰. Tal demanda ciudadana no está fuera de lugar, es una exigencia orgánica y justa de un grupo social que ha hecho una enorme contribución a las grandes causas políticas y sociales de la Revolución. Este grupo apuesta a complementar el efecto que produjeron las medidas universalistas de los años sesenta con una serie de nuevas medidas afirmativas, diferenciadas o equitativas.

Sin embargo, la tardía respuesta del Estado cubano ha creado un *conflicto fuera de lugar*, una incompatibilidad que podría desnaturalizar los presupuestos emancipatorios del proceso social cubano y ser manipulado por sus enemigos políticos. No basta esgrimir el vocabulario socialista de igualdad, solidaridad y justicia si estas ideas no se ajustan a las nuevas demandas de un contexto marcado por transformaciones económicas, jurídicas y políticas que legalmente privilegian a unos grupos por encima de otros, dando lugar a desigualdad y marginación para los grupos sociales más vulnerables, entre los cuales los negros están sobrerrepresentados.

En otro sentido, el recién desaparecido pensador venezolano americano Fernando Coronil nos explica este fenómeno como una contradicción propia del discurso político de las izquierdas en América Latina, a la cual denomina *doble discurso histórico* y que se constituye, nos dice, “a partir de la tensión entre las narrativas temporales del corto y largo plazos” (24). Esta herramienta conceptual nos permite desarmar las actuales pasiones y resistencias políticas ante el asunto, en la medida en que nos explica el surgimiento de este doble discurso histórico en Cuba generado por la tensión entre una narrativa de emancipación social protagonizada por el Gobierno revolucionario que, en el corto plazo propició los cambios necesarios para eliminar el racismo y una narrativa antirracista que, en el largo plazo, insiste en combatir viejas y nuevas formas de la discriminación racial insuficientemente abordadas, siendo esta última narrativa protagonizada por sectores de la sociedad civil,

¹⁰ Vale la pena recordar que las demandas del Partido Independiente de Color (1908-1912) no eran, en su mayoría, demandas raciales, sino beneficiosas para todos los pobres, los obreros y los ciudadanos cubanos. Aun así fueron masacrados por sus antiguos compañeros del Ejército Libertador. Sin establecer analogías con un proceso ocurrido hace más de un siglo, en otros contextos políticos, la mirada sobre el momento actual no debe pensar en soluciones represivas, sino dialógicas y propositivas.

articulada horizontalmente fuera de los espacios más institucionalizados del país. Ambas narrativas se confrontan hoy en el campo político cubano del siglo XXI a través de demandas y acusaciones respectivas, que están generando nuevas discusiones, militancias, organizaciones y discursos políticos alrededor del tema racial y sus conflictos, y polarizan hasta ciertos extremos dicho debate¹¹.

Este conflicto fuera de lugar o doble discurso histórico comenzará a resolverse cuando el Estado revolucionario sintonice los presupuestos libertarios de ambas narrativas por encima de prejuicios ideológicos, reticencias ideológicas y falsas competencias políticas de uno y otro lado, para lo cual la descalificación estatal contra las fuerzas antirracistas civilmente organizadas tendrá que moderarse, convertirse en diálogo y no insistir en fomentar la descalificación y la división interna de dichas fuerzas. El Estado, sus instituciones y la sociedad civil deben enfrentar juntos los nuevos desafíos: desde el reconocimiento del racismo, sus espacios, protagonistas y mecanismos de reproducción, hasta los modos de resolver las asimetrías que generará una nueva distribución de la riqueza, racialmente diferenciada, que las nuevas formas del capitalismo, recién introducidas en el país, terminarán instaurando.

Muchas instituciones cubanas (culturales, educacionales, política y otras) sostienen una visión homogénea y cerrada de nuestra cultura y sociedad y esta visión desactualizada funciona, a su vez, desarticulada de una vida extrainstitucional cuya dinámica económica, generacional, tecnológica y cotidiana se aleja cada vez más de los viejos códigos nacionalistas, acrílicos y verticalistas que aún sobreviven. En este ambiente, algunas instituciones no asumen conscientemente los aportes que una mirada identitaria o diversa puede y debe ofrecer a sus dinámicas institucionales y terminan minimizando el papel que juega el sujeto negro al interior de ellas. Lo mismo podría decirse de mujeres, jóvenes, homosexuales, discapacitados, etc., pero desde una perspectiva racial advierto, sin tremendismo, una operación específica que urge, más que denunciar, debatir: se trata del

¹¹ El propio Coronil nos hace un guiño tranquilizador cuando también nos explica: “Lo que quiero resaltar aquí no es la sinceridad o insinceridad de las creencias, ni su relación con las prácticas, sino las relaciones estructurales específicas que hacen posible que coexistan creencias y prácticas en conflicto sin que sean necesariamente un reflejo de mala fe o engaño” (24).

surgimiento de instancias o maquinarias blanqueadoras que rechazan, subordinan, invisibilizan, distorsionan o reducen el protagonismo negro en la sociedad cubana.

Estas maquinarias silenciosas trabajan en cualquier espacio estatal o privado de la sociedad cubana del siglo XXI, sobre todo en aquellas instituciones donde la mayoría –más del 70 por ciento– de su dirección o grupo lo integran personas blancas, entre las cuales prevalecen prejuicios, silenciamientos o desconocimiento sobre las personas o culturas negras, desarrollándose una preferencia por las cuestiones eurocéntricas, manifiesta en programas culturales, publicaciones, falta de diálogo y tratamiento inferiorizado a ciertas culturas y sus protagonistas. Si uno o varios ejecutivos comparten alguna idea racista que puedan enmascarar ya sea mediante preferencias o privilegios, por una parte, y con sutiles rechazos o silenciamientos por la otra, la sofisticada maquinaria racista echará a andar desde el poder de decisión –e impunidad– de estos ejecutivos, sin cuestionarse la violación de los principios antidiscriminatorios de dicha institución. (No descartar que algunos de estos ejecutivos puedan ser negros o mestizos y, también, racistas).

Es lo que sucede a menudo en el mundo empresarial cubano, siendo más evidente en el sector del turismo, pero más sutil en sectores de la cultura y la nueva economía, donde crecen estas máquinas depredadoras, manejadas por personas e instituciones cuyo pensamiento recicla viejas formas culturales de opresión. Su labor es invisible y, quizás, irreversible, por el daño que causa a la autoestima, la conciencia social y las formas de vida (o de sobrevida) de aquellos a quienes saquea e inferioriza. Son operaciones ideológicas de gran sutileza, caracterizadas por un trato paternalista a los sujetos que oprime. También ofrece premios, castigos o silencios en la medida en que las acciones y argumentos racistas son aceptados o rechazados por los propios sujetos negros entrampados entre las escasas opciones de realización, su falta de conciencia racial e histórica y sus escasas posibilidades emancipatorias o críticas.

La colonialidad del poder tiene en Cuba tres grandes cómplices que son el neoconservadurismo, el colonialismo interno y el neorracismo, sobre los cuales no hay cuestionamiento público. Personalidades, organizaciones e instituciones cubanas pierden capacidad crítica, justamente en medio de una crisis económica donde las reglas legales laborales, la redistribución de los recursos y la inserción de fórmulas capitalistas están redefiniendo

el nuevo contexto del socialismo cubano. La carencia de espacios críticos, estructuras legales y organizaciones ciudadanas que puedan cuestionar con efectividad las nuevas realidades significa un vacío ético y jurídico ante el creciente racismo y otros peligros. Sobre estas carencias cívicas vendrá a legitimarse —ojalá me equivoque— una Nueva Economía Racista, cuyas estructuras abiertamente discriminatorias harán el conteo regresivo de los ideales emancipatorios de la Revolución.

Ante esta alarmante situación social comienzan a levantarse algunas organizaciones y grupos antirracistas en la isla que configuran un incipiente, diverso y activo movimiento. La emergencia antirracista cubana desmiente todas las justificaciones con que se construyeron silencios y represiones, se cancelaron y se aplazan, aún, necesarios diálogos críticos sobre una desigualdad que viene sumando otras consecuencias sociales. La emergencia de una agenda antirracista expresa nuevas demandas emancipatorias y ciudadanas ante la demorada respuesta estatal, pero también construye nuevos espacios de debate, ofrece respuestas organizativas, acciones públicas y propuestas de trabajo que recogen experiencias novedosas en el entramado social cubano, donde la (excesiva) verticalidad del Estado siempre ha decidido los temas de discusión, las formas del consenso político y hasta las formas de movilización ciudadana. Se trata, además, de nuevos espacios de participación crítica como respuesta a nuevas (o renovadas) desigualdades frente a los cuales el Estado socialista queda emplazado a relegitimarse ante sus ciudadanos.

Ante los contrasentidos gubernamentales, el contradiscurso antirracista coloca *in medias res* su denuncia al racismo, acompañada de un análisis actual y de propuestas para alcanzar la igualdad, pero también pone a la vista de todos el oportunismo político con que las clases privilegiadas —unas recién llegadas y otras no tanto— defienden y reproducen sus mecanismos de dominación económica, racialmente definidos desde el origen de los capitales financieros y simbólicos. Estas son las fuerzas e intereses que definen hoy el debate racial cubano, pues detrás del debate racial no solo hay una legitimación y puesta en escena de lo racial cubano, sino de las transformaciones económicas, los reacomodos del poder hegemónico y los travestismos ideológicos que están teniendo lugar. En dichas discusiones el sujeto negro ha entrado solo como subalterno y no como sujeto activo de esos cambios políticos y socioeconómicos. Huelga decir que algunos intelectuales comienzan a identificarse con los nuevos privilegiados

legales y sus capitales al ofrecer legitimidad a sus prácticas excluyentes y disfrazando la dominación; por ese camino muestran su indolencia ante lo desgarrador del conflicto racial elaborando entretenimientos historicistas, secuestrando el tema en sofisticados juegos retóricos o en nuevos tipos de intervenciones coloniales y acciones caritativas en comunidades vulnerables, donde una mayoría negra les observa y escucha como Jesús a los mercaderes del templo. ¡Tiempo habrá en que serán descubiertos sus falsos compromisos!

En Cuba existe una valiosa y creciente intelectualidad negra que en los últimos lustros ha tomado conciencia racial y se reconoce como parte de un discurso identitario crítico y autocrítico, atravesado de muchas otras subjetividades tan conflictivas como la racial. En sus obras podemos asistir a un diálogo, todavía muy tenso, con una cultura eurocéntrica dominante aún, pero muy cuestionada en sus presupuestos epistemológicos, ideológicos, patriarcales, racistas y nacionalistas desde otras subjetividades que desnudan y enriquecen las letras cubanas del siglo XXI a través de la profundización en los conflictos particulares de sujetos no solamente negros, sino también homosexuales, femeninos, diaspóricos, marginados, marginales, jóvenes, revolucionarios, no revolucionarios, contrarrevolucionarios y desencantados que hacen del espacio cubano y sus transformaciones más recientes el escenario de sus razones, contradicciones y destinos. Un correlato reflexivo acompaña esta significativa producción literaria mediante una producción crítica y ensayística que se desplaza en las numerosas revistas de la Isla y también fuera de ella. El activismo social y las plataformas ciudadanas crecen exigiendo y acomodando los discursos y requerimientos de una diversidad que transforma la sociedad y amplía las fronteras de la ciudadanía, vigiladas aún por un nacionalismo deudor del dogmatismo apuntado y del desgaste que generan las agresiones políticas y económicas de Estados Unidos contra Cuba.

Las nuevas organizaciones antirracistas cubanas han llegado, antes que la política y la academia, a una conclusión nada sencilla: urge construir y aplicar un proyecto pedagógico y político cuyos objetivos principales estén enfocados en restaurar la autoestima dañada de la gente negra que vive en precarias condiciones, tiene los peores trabajos y ha estado enajenada por demasiado tiempo, imposibilitada de contar las experiencias racistas sufridas dentro y fuera de sus comunidades, deseosa de transformar esa situación social, pero también temerosa de la posibilidad de ser

identificada como una oposición crítica a la Revolución. Es una labor de alta sensibilidad política, pues se trata de restaurar un tejido ideológico que implica levantar la escasa autoestima racial, recuperar lo racial como un valor socialmente trascendente en una sociedad históricamente marcada por el racismo y definir estrategias inclusivas estimuladas por una política antidiscriminatoria que desborde lo racial, ubicándolo junto a otras diferencias y estableciendo una batalla conjunta contra las desigualdades que tales diferencias producen.

La ceguera del pensamiento crítico de la sociedad cubana ante la creciente racialización de fórmulas y sectores económicos (turismo, privados, empresas mixtas, etc.) viene acelerando el proceso de reestratificación social y estructuración racial de la actual sociedad cubana, aunque no son las únicas expresiones del creciente racismo¹². Existen muchas otras causas y consecuencias. Nos falta saber, desde presupuestos más respetuosos a nuestra diversidad, cómo el emplazamiento racial propone articular e intercambiar sus demandas y proyectos, si carecemos del necesario consenso entre las tendencias críticas del racismo y de diálogos o alianzas con otras fuerzas antidiscriminatorias. Fomentar las luchas intestinas entre dichas tendencias o aceptar la fragmentación de otras fuerzas que sufren opresión o desigualdades sería desviar (o detener) nuestros pasos libertarios y dejarnos provocar o entretener por las fuerzas reaccionarias que sobreviven en las mentalidades y estructuras discriminatorias cubanas.

Las transformaciones de la sociedad cubana contemporánea exigen una mirada local que esté en sintonía con la mirada global de los temas más acuciantes, asumir la colonialidad desmitifica el binarismo nacional / internacional tras el cual la globalización neoliberal oculta sus propósitos de dominación mundial, entrapándonos en los viejos discursos nacionalistas. A las luchas identitarias y los movimientos sociales les urge legitimarse en su condición local y simultáneamente en su ubicación global. El reconocimiento de varios niveles de inserción (local, nacional,

¹² Estas razones no explican, entre otras prácticas o realidades excluyentes, la escandalosa ausencia de personajes negros en la televisión cubana, la aún escasa presencia negra en altos niveles de dirección del país ni la disminución de estudiantes negros en las universidades cubanas, por solo hablar de tres fenómenos evidentes e incuestionables, recientemente investigados.

regional, global) de las luchas sociales, antirracistas en este caso, propician una solidaridad internacionalista y un valioso intercambio de experiencias que enriquece las agendas locales al comparar sus pérdidas y ganancias en la región y apropiarse críticamente de los aportes globales. Esta dinámica permite, igualmente, elaborar síntesis y conceptos globales desde realidades más concretas, multiplicando la capacidad de preguntas y respuestas, de similitudes y diferencias desde la cual se piensa el mundo sin dogmas, sin límites ni prejuicios en pos de la creación de una resistencia también diversa, plural, nacional y transnacional ante todas las formas de dominación contemporánea.

Reconocer el significado político que posee hoy el antirracismo, incluso para un país socialista, ofrece ventajas y alianzas necesarias ante los nuevos contextos locales y globales. Evaluar estas permitiría reconocernos parte de un proyecto social aún incompleto, pero transformador por su capacidad de identificar y aprovechar las mejores contribuciones de una lucha emancipatoria que hoy se radicaliza cada vez más, como está ocurriendo en varios países del hemisferio. Entender esta lucha, tal como ocurre en países como Bolivia, Ecuador, Brasil y Venezuela, como parte importante de los movimientos sociales que resisten ante las opresiones globalizadas y como sujetos muy activos en las nuevas formas políticas organizativas que transforman las sociedades latinoamericanas del nuevo siglo, a pesar de que aún son observadas con reservas y fría distancia por un marxismo extemporáneo, eurocéntrico, colonizado y sofisticadamente comprometido.

Solo desde el reconocimiento político del antirracismo como enemigo consciente de la colonialidad del poder y aliado en la lucha sistémica contra el patriarcado, el capitalismo y el imperialismo, podría nacer una agenda antirracista, desde Cuba, que comprenda los tres escenarios anteriormente descritos, así como sus diversos actores, alcances, límites y propuestas en un ejercicio políticamente consciente en el cual, con respeto y responsabilidad pública, dichos actores se reconozcan como parte de un diálogo donde intercambien voluntad política, historias de vida, experiencias comunitarias, resultados de investigaciones, diagnósticos sociales, recursos económicos, acciones afirmativas, proyectos pedagógicos y culturales y acciones internacionalistas que podrían configurarse, tras un consenso y una definición puntual de las urgencias, prioridades y necesidades, en un nuevo tipo de política racial. Es un sueño posible para un socialismo que

pretende renovarse y enriquecer su proyecto histórico de emancipación humana.

Debo confesar, finalmente, que no hablo desde la academia sino desde el activismo social que ocupa un espacio todavía pequeño en la sociedad cubana, pero desde el cual nos pronunciamos algunos intelectuales y artistas poniendo nuestras herramientas conceptuales al servicio de comunidades, organizaciones y líderes de ese activismo antirracista del cual somos parte activa. En tal sentido nos interesa elaborar textos más históricos, conceptuales y políticamente programáticos que no forman parte de ningún proyecto académico, sino que son nuestra contribución al pensarnos como parte crítica, reflexiva y propositiva de la Articulación Regional Afrodescendiente para las Américas y el Caribe, una red continental con perspectivas globales de intelectuales y líderes negros y antirracistas que integramos, desde Cuba, el movimiento negro latinoamericano e intercambiamos, a partir de posiciones diversas e intereses comunes, problemáticas y saberes, así como el análisis puntual del avance o retroceso de la lucha antirracista en nuestros respectivos países y región. Asumimos una mirada desde la izquierda progresista latinoamericana y caribeña, convencidos de que el antirracismo es una fuerza anticapitalista, descolonizadora y antimperialista cuya aspiración mayor es la plena igualdad de la población negra y las alianzas con otras luchas antidiscriminatorias y ciudadanas que dignifiquen al ser humano de todas las razas, sexos, clases, religiones y culturas.

BIBLIOGRAFÍA

- BONILLA-SILVA, EDUARDO. “(Qué es el racismo) Hacia una interpretación estructural”. *Debates sobre ciudadanía y política raciales en las Américas negras*. Caridad Mosquera Rossero-Labbé, Agustín Laó-Montes y César Rodríguez Garavito, eds. Bogotá: Universidad del Valle/Universidad Nacional de Colombia, 2010. Impreso.
- CAIRO, ANA. “Los otros marxistas y socialistas cubanos. 1902-1958”. *Mariátegui*. Rosario Esteva et al. La Habana: Centro de investigación y desarrollo de la cultura cubana Juan Marinello, 2002. Impreso.

- CORONIL, FERNANDO. “El futuro en el ruedo: historia y utopía en América Latina (1989-2010)”. *Casa de las Américas* 276 (julio-septiembre 2014): 3-31. Impreso.
- DEPESTRE, RENÉ. “Lettre de Cuba”. *Présence Africaine* 56 (1965): 105-142. Impreso.
- _____ “Carta de Cuba sobre el imperialismo de la mala fe”. *Casa de las Américas* 34 (enero-febrero 1966): 33-57. Impreso.
- DU BOIS, W.E.B. *Las almas del pueblo negro*. La Habana: Fundación Fernando Ortiz, 2001. Impreso.
- GONZÁLEZ CASANOVA, PABLO. “Colonialismo interno (una redefinición)”. *La teoría marxista hoy*. Atilio Borón, Javier Amadeo y Sabrina González, comps. Buenos Aires: CLACSO, 2006, 409-434. Impreso.
- LAÓ-MONTES, AGUSTÍN. “Cartografía del campo político afrodescendiente en América Latina”. *Debates sobre ciudadanía y política raciales en las Américas negras*. Caridad Mosquera Rossero-Labbé, Agustín Laó-Montes y César Rodríguez Garavito, eds. Bogotá: Universidad del Valle/Universidad Nacional de Colombia, 2010. Impreso.
- MELGAR BAO, RICARDO. “Rearmando la memoria. El primer debate socialista acerca de nuestros afroamericanos”. *Humania del Sur* 2 (enero-febrero 2007): 145-166. Impreso.
- MOORE, CARLOS. “Le Peuple Noir a-t-il sa Place dans La Révolution Cubaine?”. *Présence Africaine* 52 (1964): 177-230. Impreso.
- QUIJANO, ANÍBAL. “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”. *La colonialidad del saber. Eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Eduardo Lander, comp. Buenos Aires: CLACSO, 1993. 201-246. Impreso.
- _____ “¿Qué tal raza?”. *Debates sobre ciudadanía y política raciales en las Américas negras*. Caridad Mosquera Rossero-Labbé, Agustín Laó-Montes y César Rodríguez Garavito, eds. Bogotá: Universidad del Valle/Universidad Nacional de Colombia, 2010. 183-194. Impreso.
- SCHWARZ, ROBERTO. “Las ideas fuera de lugar”. Disponible en w.ffyh.unc.edu.ar/archivos/modernidades_a/II/Mod2contenidos/Main_traducciones.htm. Visitado el 28 de noviembre de 2014. Digital.
- WALLERSTEIN, IMMANUEL: *Geopolítica y geocultura: ensayos sobre el moderno sistema mundial*. Barcelona: Kairós, 2007. Impreso.

ZURBANO, ROBERTO. “Cuba: Doce dificultades para enfrentar el (neo) racismo o doce razones para abrir el (otro) debate”. *Revista Universidad de La Habana* 273 (2012): 266-277. Impreso.

Recepción: 02.12.2014

Aceptación: 23.12.2014